

# “EN MISIÓN COMPARTIDA”

## II Encuentro Misionero Claretiano Europeo

*“Como “esforzados auxiliares de los Pastores en el ministerio de la Palabra” (CC 6), buscamos nuevos caminos para anunciar a los hombres y mujeres del continente europeo la Buena Nueva del Reino de Dios”.*

José Cristo Rey García Paredes, cmf

### I. Visión de una nueva presencia misionera en Europa

1. Los misioneros claretianos queremos implicarnos seriamente, apasionadamente, en la construcción de la nueva Europa, en la evangelización de esta nueva Europa. Esto es algo *nuevo* entre nosotros.

a) Es nuevo, en primer lugar, porque no ha sido fuerte nuestra conciencia de “ciudadanos de Europa”: las diferentes lenguas, las características culturales, nos han mantenido bastante distanciados a los claretianos de los diversos países europeos. Por eso, nuestras acciones misioneras han quedado ordinariamente circunscritas a nuestros países y sus regiones. La conciencia de ser europeos, en cambio, supone un paso cualitativo y nuevo en la comprensión de la misión.

b) Es nuevo, en segundo lugar, porque los apostolados en Europa no eran adecuadamente valorados en nuestra opinión pública. El boom del lenguaje de “opción por los pobres”, “liberación de los oprimidos”, “inculturación en las culturas minoritarias” etc., valoraba todo ministerio que nos llevara fuera de Europa, pero no los apostolados realizados aquí, a no ser que coincidieran con las características mencionadas. Por lo cual, eran más valorados socialmente los misioneros destinados a otros países, que los que permanecían aquí; cuando venían a visitarnos quedaban revestidos de un aura fascinante que los presentaba como representantes de la auténtica iglesia, la iglesia de la base y de los pobres; en contraposición, nosotros aparecíamos como colaboradores del statu quo, como miembros de una iglesia que no dice nada a la sociedad. Sin embargo, comenzamos a sentirnos también a gusto y orgullosos con los nuevos horizontes de misión que se nos abren en Europa..

2. Esta novedad, nos indica que estamos en un momento histórico propicio para *refundar* nuestra peculiar aportación a la misión de la Iglesia en Europa, o a la misión del Reino de Dios en Europa. Y con esta oportunidad de gracia hay implicadas *dos exigencias*:

a) Lograr una conciencia de congregación europea, de comunidad claretiana europea; ello no significa renunciar a nuestra identidad particular, a nuestra localización cultural (que tan bien se expresa y vive, entre nosotros, en el ámbito de las Provincias); somos y debemos ser europeos desde esa identidad primaria; no es necesario renunciar a ella; pero sí se hace necesario el conseguir la conciencia de la nueva identidad colectiva; ese proceso educativo y formativo se obtiene integrándonos de verdad en los procesos de nuestra sociedad civil.

b) Reconocer que merece la pena implicarse en la misión de la Iglesia en Europa, con toda pasión, con sano orgullo, sin ningún complejo de inferioridad respecto a otros ámbitos misioneros. Además, en Europa hoy encontramos representantes de todo el mundo; Europa es cada vez más mestiza y la misión en ella tiene características impresionantes de catolicidad. Por eso, estamos en un tiempo propicio para encendernos y apasionarnos por la misión de la Iglesia en Europa.

3. A la hora de diseñar nuestra aportación peculiar a la misión en Europa, los misioneros claretianos empleamos la expresión “misión compartida”, y queremos que este modelo de misión sea el “alma mater” de nuestro compromiso misionero con Europa. El adjetivo “compartida” será objeto de nuestra reflexión posterior, pero ya ahora podemos anticipar un doble significado en él:

- a) una misión llevada a cabo por todos los misioneros claretianos de Europa, pertenecientes a todas y cada una de nuestras provincias, pero en misión conjunta –más allá de nuestras diferencias provinciales, nacionales, lingüísticas, culturales-;
- b) una misión realizada también con otros creyentes, hombres y mujeres (christifideles), pertenecientes a diversas formas de vida cristiana (vida matrimonial-familiar, vida laical, vida secular, vida consagrada, vida ministerial); queremos ser y actuar “con otros”.

4. Estamos, por lo tanto, en un momento decisivo, que podríamos expresar así: nos sentimos llevados a refundar nuestra presencia misionera en Europa. Las claves de esta refundación son:

- una nueva conciencia de comunidad claretiana europea y, por lo tanto, refundación estructural, que responda a esa nueva conciencia;
- un nuevo talante misionero, un nuevo ardor, un sano orgullo de ser misioneros en Europa y pasión por realizar esta función;
- un nuevo planteamiento de la misión como realidad que se hace desde el compartir, desde la integración, desde lo que aglutina no solo a los misioneros claretianos, sino a nosotros con otros religiosos, ministros ordenados, laicos, casados, profesionales, personas pertenecientes a otras confesiones cristianas, a otras religiones, e incluso alejadas de la fe religiosa.

5. Esta nueva situación nos confronta con ciertas preguntas que no podemos eludir: a) ¿dónde ha de situarse la Congregación en el conjunto de la misión de la Iglesia en Europa? ¿Ha de centrar su proyecto en ser “esforzados auxiliares” de los obispos? ¿Ha de colaborar con aquellos grupos, más allá de la Iglesia, que construyen Europa, o como dicen las Constituciones “ofrecer una estrecha colaboración a todos los que buscan la transformación del mundo según el designio de Dios” (CC, 46)? ¿Hemos de llevar adelante una misión peculiar, carismática, y desde ella abrirnos a laicos o religiosos colaboradores? ¿O tal vez, estamos llamados a colaborar en la misión llevada adelante por otros? ¿Cómo entender en este contexto, la “misión compartida”? ¿Qué perspectivas se encierran detrás de esta expresión? Para eso, presentaré el marco teológico que ilumina esta nueva visión que se nos ofrece y que impulsa la refundación misionera que este momento histórico de Europa nos pide.

## II. “Misión compartida”: lenguaje y modelos

6. “Misión compartida” es una expresión nueva dentro del lenguaje de la iglesia y de la

[1]  
congregación . Los adjetivos que hemos dado al sustantivo “misión” en los años posconciliares han sido otros: “evangelizadora”, salvadora, salvífica, “liberadora”, profética, apostólica, eclesial, “ad gentes”, parroquial, popular, urbana, misión laical o de los laicos, carismática, presbiteral, misión de todo el pueblo de Dios, de la Iglesia, misión universal, misión educativa, misión específica o peculiar... Solo en éstos últimos años hemos comenzado a hablar de “misión compartida”. Esta nueva perspectiva no es una mera ocurrencia. Tiene su sentido. Nos preguntamos, entonces, ¿a qué se debe este nuevo adjetivo? ¿Qué hace necesaria esta forma de hablar?

### **Lo que hay detrás del nuevo lenguaje “misión compartida”**

7. Cuando cambia el lenguaje, algo está cambiando en nuestra vida, en nuestra actuación. Nuestra forma de vivir y actuar configura el lenguaje y el lenguaje configura la forma de vivir y actuar. Por eso, Wittgenstein entendía el lenguaje como actividad, quehacer en el mundo, forma de vida. La lengua es inseparable de la vida, del quehacer. Son los pueblos que hacen la historia, los que, en virtud de esta inserción de la lengua en el quehacer, inventan las palabras correspondientes a su acción. En cada época se habla de una determinada manera. Los medios de comunicación utilizados en cada sociedad, le imprimen una fisonomía propia. Tenemos la convicción de que para obtener cambios en la iglesia, en la sociedad hemos de maniobrar en el lenguaje. El lenguaje construye la realidad de cada individuo y lo define dentro de la cultura del grupo en el que vive, familiar, popular, político, eclesial. ¡Eso es lo que ocurre con la expresión “misión compartida”!

8. El adjetivo “compartida” añadido a la palabra “misión” nos centra en un aspecto sumamente importante de la vida actual de la Iglesia: que la misión es mucho más eficaz y esplendorosa, cuando es realizada por una orquesta de carismas, y no cuando es llevada a cabo por individualidades; que solo entonces la misión tiene el rostro, la configuración que Jesús soñó para ella. La iglesia lo ha reconocido en estos últimos años. En todos los Sínodos de Obispos dedicados a las diversas formas de vida cristiana, se ha puesto de relieve la necesidad de colaborar todos en la misión: cristifideles laici, ministros ordenados, consagrados La Iglesia sabe que la diversidad de carismas y ministerios, armonizados en la misión, es fuente de vida y de transformación. La iglesia actual está valorando la diversidad y está diseñando - con mucho más conocimiento de causa, que en el mismo concilio Vaticano II- la eclesiología de la comunión.

### **Dos modelos de misión compartida: católico y carismático**

9. Si en el medioevo la iglesia era considerada como una realidad formada por diversos estados de vida cristiana, estados bien delimitados y jerarquizados, hoy nuestra sensibilidad cultural es muy diferente. Hoy consideramos a la iglesia como una gran comunión de los diferentes, en la que se produce un admirable intercambio de dones. Más que de “estados de vida” preferimos hablar de “formas estables de vida”. Sabemos que lo fundamental no es ni el estado, ni la forma, sino la vida. Entender la iglesia como una comunidad de vida, una biocenosis, hace que todo lo que ella realice, se haga en comunión de vida y de sus formas. Jesús dijo: Yo soy la Vida. A quien quería seguirlo, le invitó a entrar en la Vida. El cuarto evangelio encuentra la quintaesencia de todo en la vida que se nos ha dado, que es vida sobreabundante, vida eterna. ¡Esta es la raíz de la misión compartida! ¡La vida compartida! No podemos vivir en la iglesia los unos sin los otros. Solo la comunidad de vida nos hace vivir en plenitud, con todos los resortes necesarios para tener vida abundante. Por eso, hoy

sabemos que no se vive la existencia cristiana en compartimentos estancos, en estados de vida cristiana bien delimitados y separados. Al contrario, la eclesiología de la comunión nos pide el mutuo reconocimiento y la mutua relación para descubrir no solo las otras formas de vida, sino para encontrar la auténtica identidad de nuestro peculiar don. La eclesiología de comunión nos pide hacer de la vivencia de la fe una auténtica con-vivencia, de la vocación una auténtica con-vocación, de la espiritualidad una auténtica espiritualidad común, del sacerdocio un sacerdocio común, de la misión, una misión compartida. A este primer modelo de misión compartida podríamos denominarlo “católico”. Utilizo esta denominación en su sentido más propio: es la misión realizada “según todo”, “según la totalidad”, contando con todas las formas de vida cristiana, con todas las confesiones cristianas, con todo el pueblo de Dios.

10. Detrás de la misión compartida está también la nueva situación en que se encuentran no pocos institutos religiosos y también el nuestro, de misioneros claretianos. No podemos ocultar que en Europa, los misioneros estamos en situación decreciente: somos cada vez más mayores y contamos con pocos jóvenes para el re-emplazo en la tarea misionera. Esto nos ha llevado a tomar diversas iniciativas y a adquirir una nueva conciencia:

a) Nos hemos visto obligados –para mantener las obras recibidas-, a contar con otras personas para llevarlas adelante. Poco a poco, silenciosamente, hemos ido encontrando las personas adecuadas para asumir las funciones que en otro tiempo recaían exclusivamente sobre los mismos misioneros. El proceso sigue su curso y se prevé que en poco tiempo la presencia de misioneros claretianos en nuestras obras propias será cada vez menor. Tanto en nuestras parroquias, como en nuestros colegios, como en otras actividades misioneras (misiones populares, justicia y paz, actividades itinerantes no llevadas de forma más individual), se hace cada vez más necesario “contar con otros”. Es justo y honesto reconocerlo. Es justo y legítimo que así sea

b) Este ha sido un tiempo propio también para descubrimos más fuertemente como “familia carismática”. Hemos reconocido que no tenemos “en monopolio” el carisma de Antonio María Claret. Lo compartimos con otras personas que también lo reconocen como Fundador e inspirador. Más todavía, crece el número de personas, pertenecientes a otras formas de vida cristiana que se adhieren a nosotros, para compartir nuestro carisma, nuestra espiritualidad y nuestra misión.

c) Por todo esto, también nosotros hablamos de “misión compartida”. Se trata, de misión compartida dentro del carisma colectivo y de su función en la iglesia y la sociedad. Es la “misión compartida” propia de la Familia Claretiana, que, aunque reconocida a nivel teórico, me parece que apenas funciona prácticamente. Y es también la “misión compartida” con los laicos a quienes ofrecemos colaborar y participar –según diferentes grados, determinados por nosotros, los misioneros claretianos- en nuestras propias obras y proyectos apostólicos, para poder realizar con “otros”, con ellos, lo que nosotros llevamos entre manos. “Misión compartida”, no tiene entonces un sentido meramente eclesiológico y abierto, sino cerrado o delimitado: compartir la misión peculiar y carismática llevada adelante por los misioneros claretianos. A este segundo modelo de misión compartida podríamos denominarlo “carismático”. Utilizo esta denominación en su sentido colectivo: en nuestro caso, carismático-claretiano.

d) Con todo, también hemos asumiendo el modelo católico de “misión compartida”, en línea con el Vaticano II y el caminar de la iglesia posconciliar. Por eso, hemos optado por desclericalizar nuestra misión, nuestro estilo de vida. Hemos asumido con mucha

seriedad la creación de un estilo participativo, auténticamente comunitario y dialogante. Y por eso, nuestras Constituciones nos presentan como “esforzados auxiliares de los Obispos en el ministerio de la Palabra” o como “colaboradores con todos los que intentan transformar el mundo según el designio de Dios”.

11. El funcionamiento, tanto del modelo católico como del modelo carismático de “misión compartida”, es desigual. Depende del grado de participación que de hecho tengan las diversas formas de vida. Veámoslo:

- a) la *coadyutoría*: los laicos son llamados a ofrecer servicios puntuales, sin participar auténticamente; son únicamente meros coadyutores de nuestras tareas, bien sea eclesiales (en el modelo católico), bien sea carismáticas (en el modelo carismático);
- b) la *colaboración*: los laicos son llamados a participar en nuestra misión de manera cualificada; con ellos se dialoga, se proyecta, se llevan a cabo las iniciativas; pero los presbíteros dirigentes (en el modelo católico) o el instituto (en el modelo carismático) se reservan el derecho a diseñar la línea que hay que seguir: ellos son los responsables, institucionales y económicos, de todo; los laicos son colaboradores, pero no tienen ningún derecho de propiedad sobre la misión;
- c) *co-participación*: desde la perspectiva del modelo católico, se reconoce que en base a nuestro común bautismo-confirmación, todos somos sujetos de la vida y misión de la iglesia, dotados de la misma dignidad y responsabilidad; por lo tanto, nadie puede monopolizar la misión; todos somos sujetos de ella, si bien, cada uno desde su propio carisma y ministerio. Desde el modelo carismático, se reconoce también que el don carismático del Instituto ha sido concedido a otros creyentes que no pertenecen a la vida religiosa, a hombres y mujeres de la forma de vida secular y laical; desde ese planteamiento común –compartir el mismo carisma- se dan pasos para formar una auténtica familia y compartir la misión carismática en plan de igualdad, de mutua colaboración y referencia.

### **III. Superando el modelo carismático y eclesio-céntrico de la “misión compartida”**

12. Habría un nuevo sentido de “misión compartida”, en la cual lo que más resalta no es lo carismático y peculiar del instituto, sino la “misión eclesial” en cuanto tal, o incluso la “misión”. La misión, así entendida nos supera a todos. Nadie tiene el monopolio de ella. Por lo tanto, nadie se arroga el poder de permitir a otro compartir la misión. Todos la comparten en clave de igualdad, pero desde funciones y carismas diferentes. Es obvio que no actúa en la misión de la misma forma el presbítero que el laico, el religioso que pertenece a una comunidad que la persona casada que pertenece a una familia o el soltero.

13. Es claro que en esta última acepción, la “misión compartida” no tiene un predeterminado color carismático: no es jesuítica, ni salesiana, ni claretiana. Ese tono carismático puede estar dentro pero diluido con otros tonos. Nadie puede imponer una identidad carismática. Diríamos que ahí la misión tiene una identidad carismática “compleja”, no única.

14. De aquí surgen algunas preguntas: ¿estarán los institutos de vida consagrada dispuestos a diluir de esta forma su aportación carismática a la misión de la iglesia? ¿Sería eficaz y práctico un modelo así de misión compartida? ¿No llevaría a la anarquía y a la disolución a la corta o a la larga? ¿No será mejor una distribución de tareas, de competencias, y

mantener el modelo uni-carismático de misión compartida, en lugar del modelo católico de misión compartida?

15. Mi respuesta a estas cuestiones es hipotética. Quiero reflexionar sobre el Proyecto Misionero para Europa desde la perspectiva de la misión compartida en su modelo católico. Solo después hablaré de la misión compartida en su modelo carismático-claretiano, en nuestro caso.

### **Más allá del modelo carismático → misión eclesial compartida**

16. Para el modelo católico la misión no es monopolio de ningún grupo en la iglesia. Se rige por el principio conciliar: “Est in Ecclesia unitas missionis, pluralitas autem ministerii” (AA, 2). Si en la iglesia la misión es una sola y lo que es plural son los servicios y ministerios a través de los cuales, la misión se realiza en cada tiempo y lugar, entonces no podemos ni debemos hablar de misión compartida en sentido carismático, sino sólo en sentido católico. Por lo tanto, es inadecuado hablar de la misión que llevan adelante los agustinos, o los carmelitas, o los presbíteros diocesanos, o los obispos, o las religiosas de clausura, o los laicos comprometidos. La misión es una sola. La llevamos adelante todos, todos los bautizados, todas las iglesias particulares, la iglesia universal. Jesús no nos confió diversas misiones. El Señor Resucitado nos confió una sola misión, una gran Misión, en la que habríamos de participar todos los que creamos en Él a través de los siglos y de los espacios.

17. Por lo tanto, que nadie, ni persona, ni grupo, hable de “su” misión. Lo único de lo que está autorizado a hablar con verdad es de su forma peculiar de colaborar y servir a la única misión de la Iglesia. Y, para que esto sea así, se hace necesario integrarse en el cuerpo eclesial, compartir con todos la única misión. Cada creyente, cada grupo, aporta su propio don, su peculiar servicio, sus carismas y ministerios.

### **Más allá del modelo católico → misión ecuménica, misión del Reino de Dios**

18. Podríamos dar un paso más adelante y preguntarnos: ¿tiene la iglesia católica el monopolio de la misión? Esta pregunta es especialmente importante aquí en Europa. Su panorama religioso es bastante plural. Desde la perspectiva cristiana Europa es católica, protestante, ortodoxa. Por lo tanto, el tema de la única misión nos confronta ineludiblemente con el tema ecuménico. Con toda verdad, debemos decir, afirmar, que la única misión de la iglesia no se confunde con la misión de la iglesia católica, sino con la misión de la Iglesia sin más, sin distinciones. Entendernos y sentirnos como “hermanos” los miembros de todas las confesiones cristianas es un gran paso hacia la comprensión de nuestra misión. La única misión de la Iglesia no es ecuménica, sino que debe partir del ecumenismo: “que sean uno para que el mundo crea”.

19. Más todavía: en Europa se están haciendo presentes otras religiones y están en crecimiento constante: el Islam, el Judaísmo. ¿Se diferencia nuestra misión radicalmente de la misión que estas grandes religiones quieren realizar en este mundo? ¿Y qué decir de tantos hombres y mujeres de buena voluntad que, o bien se han alejado de la fe cristiana o religiosa, o que viven en el indiferentismo religioso, en el agnosticismo o en el ateísmo? ¿Están todas estas personas, a veces grandes pensadores, artistas, políticos etc. al margen de la misión? Algunos teólogos, yo creo que con gran acierto, han dicho que hay algo más profundo y amplio que la misión de la iglesia o eclesiástica y es la misión del Reino de Dios. En esa misión participan y se sienten llamados a participar todos los hombres y

mujeres de buena voluntad. La misión del Reino de Dios es única; pero se realiza a través de múltiples servicios y ministerios; es sagrada y secular, escatológica e histórica, trascendente e inmanente. Esta es la misión que Dios confió al ser humano, a los seres humanos, en la Creación del Mundo. Esta es la misión relanzada por Jesús de Nazaret, el Hijo del Dios Creador, al inaugurar el Reino y al morir en sacrificio por la llegada e instauración del Reino y enviar el Espíritu a la tierra, a toda la tierra, a toda carne.

20. Si esto es así ¿tiene la iglesia o las iglesias el monopolio de la misión? ¿No es la misión algo mucho más fundante y amplio? ¿No será “el movimiento de los pueblos, de los grupos proféticos de cualquier tipo, hacia el reino de Dios, tal como Michael Amaladoss lo describe? “Misión compartida” significa, entonces participar del movimiento de los pueblos hacia el Reino de Dios y colaborar con hombres y mujeres de buena voluntad –desde el propio don- en todo aquello que sea necesario para acelerar el movimiento o sostenerlo.

## **IV. Compartir la Misión en Europa**

### **La gran misión y su reflejo en Europa**

21. Hay una gran misión que lleva la humanidad en cada etapa de su historia que es auténtica “missio Dei”. Lo dijo Jesús: “sin que sepáis cómo, el Reino de Dios sigue creciendo”, como la semilla plantada en tierra. El Espíritu del Señor llena la tierra y mueve a los seres humanos que no le oponen resistencia. La capacidad creadora de los seres humanos, que lleva adelante el proyecto, el diseño originario de la creación, es la energía que realiza la misión. Misión del ser humano (vida matrimonial y familiar) es la generación de nuevos seres humanos, o la reproducción. Misión del ser humano es la producción y cultivo y desarrollo de los bienes que hemos recibido (vida laical y secular en todas sus formas). Misión del ser humano es hacer la tierra habitable, la comunidad humana justa, crear auténticos ámbitos de vida, favorecer en todo la vida. Misión del ser humano es velar por la integridad de la vida, por el sentido último de la vida. Hay grupos humanos especialmente dedicados a cultivar las tres dimensiones de la vida: la circular en torno a un núcleo (interioridad), la horizontal en torno a nuevos objetivos y núcleos (exterioridad creadora) y vertical (trascendencia religiosa). Este servicio a la vida es realizado por las diferentes formas de vida humana, religiosa y cristiana.

22. Dentro de este contexto se aprecia perfectamente que la misión de refundar Europa, una Europa, integrada en el conjunto de la humanidad, no es una tarea únicamente eclesial y responsabilidad única de los cristianos. Reconocemos, sin ningún tipo de reserva, que –y así lo reconoce en nombre de toda la Iglesia, nuestro Pontífice, cuando visita los organismos internacionales- que esa tarea o misión de todos: primeramente de los europeos (gentes y pueblos, mujeres y hombres); pero también es misión de todos los seres humanos pertenecientes a otros continentes y razas, dado que a todos nos repercute e interesa lo que acontece en una parte del globo. Sabemos que el éxito de la misión en Europa repercute y debe repercutir solidariamente en otras partes del planeta, como también en Europa repercute todo lo que acontece en otros continentes.

### **Integrados en la misión de refundar Europa**

23. “Misión compartida” en el contexto europeo significa varias cosas:

- que nos integramos en la misión –entendida secularmente- y en ella pretendemos alentar y, si es necesario, introducir nuestros valores cristianos, religiosos,

carismáticos.

- que nos integramos en la misión desde la Iglesia –ecuménicamente entendida-.
- que nos integramos en la gran misión como parte de la iglesia, pero también con nuestra identidad carismática y claretiana, como servidores de la Palabra profética.

Entonces surge la pregunta: ¿cuál es en este momento la peculiar aportación que podemos ofrecer, como misioneros claretianos, a la construcción de Europa? ¿con qué grupos y personas –tanto de la iglesia como de la sociedad- hemos de colaborar para llevar adelante la única misión? ¿Cómo actuar en esa misión de forma comunitaria, conjunta, y no como francotiradores, o individualmente?

24. Nuestro proyecto misionero para Europa tiene en cuenta el planteamiento que acabo de hacer. Es, por lo tanto, necesario, que nuestra forma de hablar, nuestro lenguaje, no nos traicione. Con ello quiero decir, que si el lenguaje de la “misión compartida” quiere evitar cualquier concepción mesiánica de nuestra actuación, no vayamos a creer que, como grupo carismático, o como iglesia, tenemos la misión de salvar a Europa. ¡Ese no sería el mesianismo del Hijo del Hombre! ¡El Mesianismo del Reino de Dios! Por eso, hemos de evitar la autosuficiencia, cualquier asomo de delirio mesiánico. Nuestro proyecto solo pretende unirnos para que nuestra contribución a la misión responda mejor a lo que Europa hoy necesita. Reconocemos que en la construcción de Europa están ya actuando valores evangélicos profundamente interiorizados en la cultura. Admiramos a no pocos laicos, seculares, que están realizando el proyecto de Dios sobre Europa con gran competencia en todos los campos (economía, cultura, política). Misión compartida significa no cerrarnos a la presencia en organismos europeos de la sociedad o de la iglesia, a ofrecerles nuestros mejores recursos y nuestra capacidad creadora. No debemos renunciar a colaborar con aquellas organizaciones que son decisivas en la construcción europea, guiados por el principio misionero “lo más urgente, oportuno y eficaz”. Un instrumento especialmente importante y eficaz en este sentido es internet, como “nuevo areópago” desde el cual contribuir al encuentro, al mutuo reconocimiento, a la presentación de los valores cristianos y a las denuncias proféticas necesarias. Compartir la misión nos exigirá a veces renunciar a la originalidad de nuestra obras propias, a favor de la colaboración en otras obras, a la larga más eficaces y transformadoras.

25. También sabemos que el proyecto de Dios sobre Europa, está seriamente amenazado por la presencia y actuación del Mal en todas sus formas. La sociedad europea necesita la curación del corazón: se deja zarrandear fácilmente por los siete pecados capitales; justifica éticamente sus enfermedades y no percibe el mal-raíz que le afecta. El bienestar del que disfruta puede embotar su espíritu y hacerle perder campo de conciencia y sensibilidad ética. Surgen correctivos sociales a todas estas seducciones del mal. Pero tampoco puede faltar la Sabiduría de los creyentes, la paternidad y maternidad espiritual que se hace necesaria para refundar una Europa de raíces sanas. Podemos y debemos destapar una nueva faceta de nuestro servicio misionero: *ser terapeutas del alma europea a partir del servicio profético de la Palabra* y el contagio seductor de un nuevo estilo de vida solidario, amigable, esperanzado.

26. No podemos ni debemos hacernos la pregunta por el proyecto de misión de Europa sin contar con otras religiones, otras iglesias, sin contar con nuestra iglesia católica, como si de algo absolutamente exclusivo de los claretianos se tratara. Guiados por el principio de la

misión compartida, es más misionera una acción realizada desde el ecumenismo que desde lo meramente confesional, desde el diálogo interreligioso que desde lo meramente cristiano, desde el diálogo entre fe y cultura, que desde la sola fe. Esto nos lleva a optar por un modelo complejo de misión.

27. Con esto no nos estamos alejando del objetivo de este encuentro que es cómo en un proyecto misionero sobre Europa se integra la misión compartida, la conciencia de mutua colaboración entre misioneros claretianos y otras formas de vida eclesial. Lo que pasa es que lo estamos tratando de forma más radical y más global.

### **Integrados en la misión de las iglesias particulares europeas**

28. No nos corresponde –como misioneros claretianos- inventar la misión en Europa, sino ser esforzados colaboradores de los proyectos misioneros de las iglesias particulares y sus obispos. Por eso, queremos realizar la globalización de nuestra misión –en el ámbito europeo- desde nuestra inserción en las iglesias particulares y nuestro compromiso en ellas. Tenemos posibilidades excelentes al respecto. Por la presencia de nuestros misioneros en diversas iglesias particulares de toda Europa, podemos poner en común sus visiones, sus proyectos, sus experiencias y –desde ahí- servir de “mediación” para la creación de una conciencia colectiva y de proyectos conjuntos.

29. Según mi humilde opinión, la Congregación en Europa debería replantearse su ubicación en los diversos países y optar por una progresiva redistribución de las comunidades para hacernos presentes en todos los países de la comunidad europea y disminuir nuestra presencia en algunos de ellos como la Península Ibérica. Ello favorecerá una mayor y más integral conciencia europea en la Congregación. Por otra parte, la presencia de inmigrantes en todos los países de la unión europea harán nuestra presencia más necesaria, especialmente en países de mayorías protestante u ortodoxa.

## **V. Cómo integrar en la única misión nuestra aportación carismática**

30. Los misioneros claretianos, junto con todas aquellas personas que compartimos el mismo espíritu carismático, entendemos “la misión compartida” no solo como colaboración en las obras de misión llevadas por otras instancias, sino también como “misión compartida” en las obras de misión, propias de nuestro instituto o de nuestra familia.

31. Estamos convencidos de que la misión compartida es nuestra única opción, en cualquiera de sus niveles. Como heredera del carisma de Antonio María Claret, toda la familia claretiana puede y debe ofrecer su peculiar contribución a la misión en Europa. Es lo más urgente, oportuno y eficaz, en los tiempos que estamos viviendo. No podemos quedar al margen de la historia y de los vientos del Espíritu. Creemos que también nuestra aportación carismática y profética es necesaria y benéfica.

32. Nuestra misión compartida –según el modelo carismática- está llamada a integrarse en la misión compartida –según el modelo católico-. Pero no podemos, ni debemos renunciar a proyectar, organizar y dinamizar nuestra propia aportación conjunta. Son varias las áreas en las cuales nuestra aportación tiene ya una tradición y un futuro: el área de la cultura y del arte, el área de la marginación, el área del anuncio itinerante del evangelio y reflexión sobre la fe y el área pastoral del cuidado de los fieles y la animación de comunidades y grupos.

33. La aplicación de los principios teóricos a la práctica de la misión nos dice que:

- a) un proyecto misionero realizado por personas de diversas formas de vida cristiana

en comunión, armonía y dinamismo tiene mayor riqueza y consistencia que la acción misionera realizada por uno solo o por miembros de un solo grupo o forma de vida.

b) cada forma de vida encuentra su identidad en la misión a partir de la correlación y cada carisma individual haya en la mutua relatio su sentido y razón de ser.

c) La correlación de todas las formas de vida en la misión es un estímulo constante para la creatividad, para el progreso espiritual, para la humildad y la superación de tantos individualismos que superficializan tanto la acción misionera.

d) Los ministros ordenados pierden poder gestor, pero ganan en autoridad apostólica y espiritual

e) Los religiosos pierden en instrumentalidad, pero ganan en significación y simbolismo.

f) Los laicos seculares pierden su dependencia ante la jerarquía, y recuperan autonomía, capacidad de iniciativa para dar lugar a proyectos misioneros que sin ellos sería imposible realizar.

g) En la construcción de una nueva Europa es necesario hacer una nueva propuesta seductora y atractiva para el modelo familiar que la iglesia propone. En ello es esencial la participación y el protagonismo del laicado matrimonial.

## Conclusiones

34. La grandeza de la Misión, que viene de Dios y a todos nos envuelve e implica, nos lleva a entenderla de una manera nueva. Hay un proceso de de-construcción de un viejo modelo de misión: menos clerical, menos eclesial, menos congregacional. Hay un proceso de construcción de un nuevo modelo de misión: cuyo sujeto es el pueblo de los bautizados, el pueblo de Dios, las comunidades humanas en las que actúa el Espíritu y la Gracia del Reino de Dios. En esta nueva comprensión de la misión emergen nuevos ministerios. Estos ministerios no se confunden con aquellos conferidos por la Iglesia en sus ritos de ordenación, o en sus ritos de colación no sacramental. Se trata de los ministerios del Reino de Dios, que reconocemos en tantos hombres y mujeres que desde su condición secolar, matrimonial o celibataria están sirviendo a la causa de Dios en Europa, en el mundo.

35. Para colaborar en la gran Misión de Europa hemos de renunciar al excesivo protagonismo, a la defensa de nuestros colores, a la aparición de nuestra firma. Colaborar en una empresa tan gigante evoca la construcción de las viejas catedrales europeas. En ellas participaban muchas, muchas personas; pertenecían incluso a varias generaciones, porque quienes iniciaban las obras casi nunca las contemplaban construídas. Y sin embargo, con su desprendimiento y generosidad nos regalaron tantas y tan magníficas obras de arte. Así va a suceder en la refundación de Europa. Colaboraremos en la construcción de una gran Catedral, pero desapareceremos en el anonimato del grupo. Es mejor participar en la construcción de la Gran Catedral, del nuevo Templo europeo de Dios, que no hacer una capillita.

36. Los Misioneros Claretianos, presbíteros, nos incluimos en esta misión de Europa como memoria viviente de las raíces cristianas y apostólicas. Nuestro servicio de la Palabra, fiel al Evangelio, se hace hoy muy necesario. Pero ha de ser un servicio profético, que responda a los signos de Dios en nuestro tiempo y espacio. El envejecimiento de la mayoría de

nuestros presbíteros no es –en manera un obstáculo. Sabemos que los profetas de la Navidad fueron ancianos, testigos de la actuación de Dios en la historia pasada y profetas anunciadoras de la novedad que iba a acontecer (Simeon, Ana, Isabel, Zacarías).

37. Los intentos de refundarnos como familia claretiana, con unos horizontes abiertos e incluso, más allá de las denominaciones jurídicas, merece la pena que sean continuados. Sabemos que solo en la correlación con otras formas de vida, solo en la comunión de vida y acción, viviremos y transmitiremos vida. La pérdida de protagonismo y el compartir responsabilidades nos abrirá a una nueva etapa de misión, que ya de alguna manera entrevemos.

---

[1] Vita Consecrata en el n. 42 habla de “vida compartida” hablando de la comunidad, pero nunca de “misión compartida”.